

Angelina Muñiz-Huberman

Nació en Hyères, Francia, en 1936 y reside en México desde 1942. Autora de 45 libros (poesía, ensayo, narrativa); traducida a varios idiomas. Doctora en Letras y catedrática titular de la Facultad de Filosofía y Letras (UNAM). Escritora invitada en universidades internacionales. Introdujo la novela neohistórica y la mística sefardí en la literatura mexicana (*Morada interior*, 1972), y temas del exilio español. Incluida en antologías: *The Oxford Book of Jewish Stories*, *Derniers Échos de L'Exil*; *Passioni e scrittura*, *El cuento hispanoamericano*, *El hilo del minotauro*, *cuentistas mexicanos inclasificables*, entre otras. Se han escrito ensayos, tesis y libros sobre su obra. Miembro del Sistema Nacional de Creadores de Arte. Distinciones y premios recibidos: Universidad Nacional en Creación Artística y Extensión de la Cultura (UNAM), Reconocimiento Sor Juana Inés de la Cruz (UNAM), Magda Donato, Fernando Jenó, José Fuentes Mares, Xavier Villaurrutia, Woman of Valor Award, Orden de Isabel la Católica, entre otros. Es Maestra Emérita por la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística y miembro honorario del Seminario de Cultura Mexicana. Fue la primera beneficiaria del Premio Internacional de Novela Sor Juana Inés de la Cruz en la Feria Internacional del Libro de Guadalajara, 1993. Algunos de sus títulos son: *Dulcinea encantada*; *La lengua florida*, *antología sefardí*; *El mercader de Tudela*; *El siglo del desencanto*; *El sefardí romántico*; *En el jardín de la Cábala*; *La burladora de Toledo*. Acaban de aparecer en inglés *The Confidantes* y *A Mystical Journey*. Su poesía está reunida bajo el título de *Rompeolas*. Voz Viva de México (UNAM / UNESCO) grabó un disco de su obra. Contiene libros electrónicos en la Biblioteca Virtual Cervantes y en la Editorial Grupo Destiempos. También aparece en: www.descargacultura.unam.mx.

extranjería

por las calles extienden sus manos desasidas
pies se arrastran sin reconocer el pavimento
las hojas del cielo coronan sus cabezas

bandadas de ángeles sin paraíso

apretujados contra el tibio muro
sin techo como príncipes del alba:
en la esquina de todos los vientos
y en el centro de todos los huracanes

rayo maldito en vano incendia los aleros:
ateridos han sido llamados

sin oriente, ni cristal, ni aguja imantada
dan calor a sus cuerpos con otros cuerpos:
reflejan en las pupilas su estrella perdida

poco hablan, poco comen, poco saben
ceñida cuerda que ni a medida llega
pañños que no cubren carnes de la desdicha

(huecos, grandes huecos entre los aluminios
para que las palomas del hambre pasen)

elevan sus rezos sin ton ni son
que un distraído dios ha confundido

abandonados, son los abandonados

granos de arroz ruedan en las escudillas
como pequeños tambores sin hálito guerrero

venta de sus almas en el frío de las esquinas
pocas palabras sin orden pronunciadas

sobre las espaldas cargan el invisible azor
de sus tierras, a medio espejismo y a duna entera

la tarjeta de identidad lo dice sin ambages:
el suyo es un perverso acto de extranjería

al anochecer recogen sus pertenencias:
poco a poco se internan en las brumas
hacia grandes espacios de sueños de opio.

una jornada insensata

Colgó la piel de lobo
a la puerta de su cabaña
(y no significó nada)

Tachonó de muerciélagos
el alero inclinado
(y no significó nada)

Huesos blancos ondeaban
de su chimenea apagada
(y no significó nada)

Con despojos, aullidos y desatinos
adornó las paredes implacables
(y no significó nada)

Remontó el aire
y quemó las hojas del otoño desvaído
(y no significó nada)

Agujereó espantapájaros
e implantó silbidos de serpiente
(y no significó nada)

Trastabilló sobre la nieve no hollada
y sus brazos en aspas giraban
(y no significó nada)

Atrapó gorriones rezagados
y desenterró culpas empedradas
(y no significó nada)

Cuando regresó agonizando
de su jornada insensata
la puerta de su cabaña
se abría al orden de un mundo en calma
(y no significó nada).

figuración

hacia el florido campo de azucenas sembrado
a un paso de la enigmática roca olvidada
quisieras tender tu cuerpo bajo la nube:
no más vagar entre los cielos deslumbrados

reduces la mínima expresión a un canto rodado
porque ha tiempo que asciendes en aspas irisadas
¿quién te hubiera dicho, caminante de la alta cumbre
que con sólo extender la mano
robarías la pesadumbre?

¿acaso hay quien quiera robar la pesadumbre?

ya cerca del altivo bosque desdeñado,
cuando aún podías volver la vista atrás arrepentido
no lo hiciste
porque no eras órfico poeta condenado

libre, como el libre aire de la montaña
sólo a tu impulso te fiabas y ni así parabas

a lo lejos, las espigas de oro enracimado
por el viento suavemente peinadas
a la luz del atardecer se reclinaban
sin que nadie recibiera su sombra en su lecho

¿qué obstinada claridad te guiaba?

¿cómo el camino se te dibujaba?
¿dónde hallar el escondido ritmo
de los antiguos ecos enterrados?

adivinabas el muro que no calla,
el incesante golpear del martillo en la fragua

poco a poco te acostumbrabas
y apoyabas tu espalda en el recio tronco
de tantos y tantos siglos
de extrema figuración.